



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Álvar Núñez Cabeza de Vaca:
náufrago y huérfano

Autor: Gonzalez Acosta, Alejandro Jose

Forma sugerida de citar: González, A. J. (1995). Álvar
Núñez Cabeza de Vaca: náufrago y
huérfano. *Cuadernos Americanos*,
1(49), 165-199.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX núm. 49, (enero-febrero de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional(CCBY-NC-ND4.0Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA: NÁUFRAGO Y HUÉRFANO

Por Alejandro GONZÁLEZ ACOSTA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS, UNAM

En busca de la fuente de la eterna juventud, el mítico Álar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros, y sólo llegaron cinco de los seiscientos que la emprendieron...

Gabriel García Márquez, *Discurso en la recepción del Premio Nobel, 1982*

I

NO DEJA DE SER AL MENOS CURIOSO que "náufrago" y "huérfano" (este último sobre todo en su grafía antigua "guérfano" como suele oírse aún) se formen casi con las mismas letras. *Los naufragios* de Álar Núñez Cabeza de Vaca constituyen otras tantas orfandades que figuran un universo de soledades. Este Tersites de la Conquista americana, caso único en su misma excepcionalidad, representa por una parte la conciencia de su propia soledad y, al mismo tiempo, la voluntad de sobrevivir y transmitir su lección, haciendo del buscado reconocimiento una forma de concretar su servicio para demostrar la legitimidad de su condición y su deseo de vivir. Verdadero Judío Errante, condenado por extraño y ejemplar sino al fracaso, Álar Núñez es, como los israelitas bíblicos malditos por su indignidad, desposeído de la tierra. El héroe nunca "posee" el territorio que atraviesa con el sentido de dominio consagrado por la tradición hispánica de conquista, sino que éste lo posee a él, en una suerte de penetración dolorosa y fecundadora que da a su testimonio la posibilidad inagotable de diversas lecturas.

Porque huérfano (en latín, *orphanus*) es a quien falta padre o madre, y náufrago (*naufragus*) es aquel que sufre la ruptura o pérdida de algún navío y también el que recibe un revés o golpe de fortuna. Y ¿qué mayor golpe de fortuna hay que perder el contacto con las fuentes? Puesto en la situación de su desventura

náufrago-huérfano—Álvar Nuñez asume coincidente y reveladoramente los mismos oficios de la “raza maldita” de los Hijos de Sión: él, cristiano viejo, de acrisolada alcurnia, resulta primero esclavo, luego “físico” y más tarde mercader, en una clara degradación. Esta evolución en términos hebraicos deviene símbolo de un desarrollo paralelo; pocos años antes, los Reyes Católicos han arrojado a los judíos, y poco después, Felipe III expulsará a los moriscos.

Padres réprobos, han rechazado a sus hijos no deseados. Además, existen ejemplos de época que ilustran las acciones de los “malos hijos”. No debe olvidarse lo apuntado por Crovetto, Crisafio y Franco sobre las múltiples desobediencias a la autoridad paterna (el rey) en la historia de América: Cortés se insubordina y emancipa de Velázquez (quien encarna al monarca); Almagro y Pizarro desatan una lucha fratricida en el recién conquistado Perú, poniendo en peligro a la misma empresa; Lope de Aguirre, el *Azote de Dios*, desafía al rey y al Creador por igual; los frailes se enfrascan en una a veces muy violenta polémica para establecer la prioridad en la catequización...¹

Es tan patético el destino del infortunado Álvar, el eterno desposeído, el huérfano sin paliativo, que quizá no sea casual el hecho de que entre sus numerosos críticos existan tantas mujeres, eternas madres, que no pueden dejar de sentir cierta empatía con el azaroso hado del conquistador andaluz. Esa identificación maternal quizá aporta los más lúcidos aciertos en la interpretación de la obra y la personalidad de Cabeza de Vaca.

Silvia Molloy, por ejemplo, es uno de los casos destacados. En un sagaz estudio² destaca por una parte la “notable capacidad de asombro” del héroe narrador al tiempo que precisa que, “más que

¹ Pier Luigi Crovetto, Raúl Crisafio y Ernesto Franco, “El naufragio en el Nuevo Mundo. De la escritura formalizada a la prefiguración de lo novelesco”, *Actes du Premier Colloque International du Centre d'Études Comparatistes Ibéro-Francophones*, París, Palinure, 1984.

² Silvia Molloy, “Alteridad y reconocimiento en *Los naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), xxxv, 2 (1987), pp. 425-449.

enriquecer, el texto de Álvar Núñez *crea* la aventura narrándola,³ para fundamentar la literalidad del mismo. La fórmula clásica de la crónica de conquista se transforma de “conquistar” y “gobernar” en “informar” y “convencer”.⁴ Esta *épica de la derrota*, tan inusual como reveladora, resulta casi una *Iliada*, pero cantada por los troyanos, que busca persuadir más que impresionar. No se trata, creo, de una *antiépica* sino, sencillamente, de una “épica al revés”. Es curioso así realizar el paralelo entre *Los naufragios* y la *Anábasis*: en la huida está el reencuentro. Porque la crónica de Álvar Núñez es la mejor prueba de una historia de permanentes adaptaciones. En todo caso, para seguir en el terreno de los paralelismos históricos, si las *Cartas de relación* resultarían las *Iliadas*, *Los naufragios* vendrían a ser la *Odisea*. Como Eneas y Dante, Cabeza de Vaca viaja y regresa de los infiernos.

El deseo de *crear* la aventura recreándola que destaca Molloy es también aviso de algo que siglos después sintetizará Azorín al decir que “recordar es volver a vivir”. El examen de sus infortunios fortalece al autor en el umbral de otra aventura. El hecho violento de la escritura (que han señalado Lévi-Strauss, McLuhan y Eco, entre otros) resulta para Álvar la puerta de salvación, la posibilidad de la memoria y, por tanto, de la perpetuación.

Esó que llamo “gusto por el desastre” lo aprecio como rasgo esencial de *Los naufragios*, con el acto contrario de la imposición a la desventura que ejerce el autor a lo largo de la obra. Hombre con evidente *jettatura*, Álvar narra en su crónica la relación de sus fracasos para convertirse casi en antepasado del cine de catastrofismo. La derrota predispone a la lástima (recurso del huérfano) y reafirma aquello enunciado por Adler en su “teoría de la compensación”. Su recurso tiene motivaciones evidentes y otras soterradas. La crónica *legaliza*, pues *fabrica* la historia; hombre muy de su tiempo, Álvar no olvida esto. Crea un estado de derecho sobre uno de hecho, un estado *de jure* sobre otro *de facto*. De ahí su insistente apoyo en autoridades que legitimen el texto y la reiterada profesión de fidelidad al hecho. Así como la crónica victoriosa de conquista resulta el vademécum del soldado emprendedor, la de Álvar deviene en el prontuario (con fórmulas retóricas efectivas) del conquistador derrotado. Este catastrofismo se contraponc (creando un discurso diferente y jugoso) al triunfalismo de las crónicas al

³ *Ibid.*, p. 425.

⁴ *Ibid.*

uso. Porque al derrotado sólo se le conceden dos posibles vías honorables: la muerte o el silencio; pero Álvar Nuñez sobrevive primero y después cuenta su aventura. Es así el "disidente" dentro de los soldados cronistas. Ninguno mejor que él, antes ni después, podría situarse bajo ese concepto que hoy representamos en la definición del *self-made man*.

Resulta evidente el nexo entre el naufragio y la literatura utópica; desposeído de su cubierta protectora, el hombre tiende al regreso hacia su "estado natural". En *Los naufragios* se produce una pérdida inicial de la identidad y una posterior recuperación —enriquecida— de la misma. Si es el factor fortuito lo que enfrenta al europeo con América —el "descubrimiento"— es también lo fortuito, en el caso de Álvar, lo que le hace perder la noción de origen: es un "antidescubrimiento" simbolizado en el extravío de sus ropas, grupo social y otros elementos. Es por tanto, también, una historia *ejemplar*, de fortificación y mortificación, y prepara el camino para los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio de Loyola. No por casualidad incluye Oviedo en su *Historia general de las Indias* el relato de *Los naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca (como ejemplo de lo que *también* puede acontecer a los conquistadores que se empeñan en la empresa americana), como tampoco lo es que el obispo Morel y Santa Cruz incluya en su *Historia y catedral de Cuba* el *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa, otra historia "edificante". Son dos cronistas que saben aprovechar la lección de estos infortunios y su moralizante recuperación.

Después del gran salto atlántico que asumía todo conquistador, la práctica establecida eran los viajes de bojeo, siguiendo el curso de las costas y con limitadas incursiones al interior. Esta disposición a no perder de vista el mar, que significa lo conocido, condiciona una actitud psicológica. Pero la aventura americana supone un trastorno profundo en la psiquis del marino, acostumbrado por la práctica europea mediterránea a navegar con la costa conocida enfrente. El gran mérito de Colón es ser el primero en cortar el cordón umbilical y proponer la desmesurada travesía atlántica, en un océano hasta ahora vedado por el tabú impuesto con la denominación *Mare Tenebris*. Es esa "carencia de tierra" la que excita los ánimos de los compañeros de Colón (claustrofobia colectiva en medio del mar) que sufren, por primera vez, la neurosis del huérfano continental. Alejados de su cultura —*maternutrens*—, son desposeídos de voluntad y fortuna. Y es que la escala de la aventura rebasa con mucho los modelos anteriores: el viaje colombino excede con mucho los

periplos de la *Odisea* y los Argonautas. De ahí que la primera necesidad del conquistador sea fijar la propiedad de la nueva tierra como forma de recuperar la madre perdida; la escritura legítima y marca un espacio tribal en las famosas "tomas de posesión" que, litúrgicamente y no por ingenuidad o ignorancia, son enunciadas *en latín*: no están destinadas a los indígenas, cuyas lenguas no se conocen, sino a Dios, el Gran Padre que restituye a la Madre. Álvar no pierde esto de vista y, así como la escritura absuelve, la imprenta consagra su intento.

Todavía la historia americana está por escribirse, aunque parezca mentira. Los proyectos milenaristas de los iluminados franciscanos pioneros hablan de esa vocación de fábula que nos marca desde las raíces. La famosa "leyenda negra" concebida por los historiadores ingleses, franceses y holandeses en primer término contra España, recibe un golpe contundente con esa voz del soldado derrotado que habla en las páginas de *Los naufragios*.

Aún desde antes de comenzar, la historia de América está marcada por los signos del viaje y la fantasía. Así, los fraudulentos *Viajes* de John de Mandeville hacia el encuentro de un fabuloso "Preste Juan de las Indias" (una de las bromas más colosales de la historia del mundo) preparan la capacidad receptora de los lectores para cuanto de mitológico y fabuloso apareciera en estas tierras. A esto se contraponen el intento de los cronistas, que pretenden sustituir la superchería con la verdad, la imprecisión con el dato, la relación con el inventario. El empleo de juicios de autoridad aceptados dentro de la ortodoxia escolástica (Plinio, Heródoto, Hesíodo, Plutarco, Aristóteles, Platón, Suetonio, santo Tomás de Aquino y todos los Padres de la Iglesia) implican un cierto racionalismo dentro de la ficcionalización. La verdad histórica es la voluntad expresada de cualquier crónica, siendo, como se supone en condiciones ideales (no siempre coincidentes), que el cronista es un "testigo de vista", que puede "dar fe" (*ego fidavit* procesal). Pero esa verdad está sustentada en casi todos los casos por el triunfo que consagra y absuelve. Situación difícil para Álvar, que necesita probar su verdad a partir del fracaso. El tono difícilmente disimulable de antinarcisismo en *Los naufragios* es quizá la mejor prueba de su absolución.

La expedición cronicada reproduce como cualquier otra el esquema social de la metrópoli; es un microcosmos inserto en el macrocosmos. La responsabilidad para con el jefe de la empresa es equivalente a la debida al rey, pero sin el sustento divino que apoya la figura de éste. Por tanto, aunque se le deba obediencia, es

objetable, susceptible de ser sometida al análisis dentro del discurso caballeresco al uso. Ésta es la premisa que permite identificar el relato del fracaso con el del infortunio. Se ha transgredido una ley y esto implica un castigo.

El barco es la madre, el seno protector. Cuando se produce el naufragio se rompe el cordón umbilical (último) que restaba con la "matria". El náufrago-huérfano "nace" a un mundo hostil, desprovisto de su útero protector y su aislante líquido amniótico. Deviene niño bruscamente y necesita un aprendizaje, pero que se da en los terrenos de lo fortuito, pues no hay tutela que lo facilite. Y era sabido que "el destino es un niño que juega a los dados". Al reproducir la tierra de origen, el barco es una prolongación de lo conocido que avanza en lo ignoto, en una clara referencialidad de vínculo fálico. Penetra las nuevas tierras. Para colmo, Álvar y sus compañeros no gozan del privilegio fortuito del que sí gozaron otros, Cortés entre ellos: no tienen "lengua", ni Malinche ni Pocahontas. Si Bernal Díaz *encuentra* la historia, Álvar Núñez la *pierde*. Este trastorno inicial marca el desarrollo completo de la historia y extrema las necesidades de adaptación. Como señala Molloy, "el descubrimiento del yo con respecto al otro, el permanente replanteo de un sujeto ante una alteridad cambiante que determina sus distintas instancias",⁵ no puede menos que generar una psicología peculiar de supervivencia y pragmatismo.

Toda esta confusión genera un pleito desde el inicio mismo de nuestra historia. De tal forma, que América Latina es por excelencia un "continente de pleitos": la "disputa" del Nuevo Mundo, la discusión teológica sobre los indios, y así hasta nuestros días. Todas estas batallas hacen que la ideología se encuentre en la misma raíz de nuestra historia. Álvar Núñez expresa un poco la intuición de este hecho y, hombre de su época, busca en todo momento la legalidad de sus acciones, doblemente ansiada por su condición de orfandad. Actitud que parte muy posiblemente del sentido justificatorio —es decir, que aporta *legalidad*— de los escritos de antecesores como Cristóbal Colón y Hernán Cortés. El primero de éstos protege además con su "patente" el "descubrimiento" al desarrollar un discurso críptico, evasivo y en ocasiones conscientemente alterado de la realidad, para preservar individualmente su disfrute y propiedad. La oposición subyacente en el texto de *Los naufragios* contra un posible disputador al que se le adelantan los argumentos

⁵ Silvia Molloy, *op. cit.*, p. 426.

para su refutación parece ir por este camino. Porque también este texto tiene la singularidad, dentro de las crónicas de conquista, de no señalar ni describir verdaderas batallas, sólo algunas pequeñas escaramuzas, ya que la verdadera batalla está en el enfrentamiento con las circunstancias. Batalla continua. Más que un conquistador al uso, Álvar es un viajero explorador, un colonizador que eventualmente se convierte en evangelizador. De ahí el carácter de prontuario o vademécum que adopta su libro, donde predomina el criterio de utilidad, aun dentro del desastre.

Es realmente significativo que, en casos de apuro mayor, el grupo de Álvar Núñez no dirija su plegaria a Dios, sino a la Virgen, es decir, al principio femenino (y maternal) antes que al masculino. Práctica además común entre los marinos de la época. No se evoca al hombre —fálico— sino a la mujer, que es la madre perdida, la vagina hurtada, el útero extraviado. Aunque conviene señalar también que en el texto se invoca a Cristo, como corporización cercana de Dios. El culto mariano —no obstante— ha ido desplazando progresivamente desde los siglos xii y xiv la tremendista figura del *Pantocrátor* románico. La lógica del náufrago está levantada sobre la más ortodoxa “*ratiocinatio*” aristotélica, a partir de semejanzas y contrastes, en una suerte de paralelos aleccionadores que permiten pasar de lo conocido a lo ignoto, de lo concreto a lo abstracto. A la fuerza, Álvar Núñez, y con él sus compañeros, es casi un peregrino, un romero, un cruzado, pero movido no por la fe (aunque ella lo sustenta) sino por las circunstancias. Reedita sin plena conciencia y dentro de un contexto nuevo, el Camino de Santiago de la purificación penitente, en busca de la “matria” perdida. Tan huérfano se sentía el conquistador, a pesar de su gloria, que haciendo uso del poder de la palabra, del derecho de bautizo, nombraba las nuevas tierras con referencias a aquéllas de donde provenían: “Nueva España”, “Nueva Andalucía”, “Nueva Galicia”... Para ellos, en el fondo, todo lo que no fuera su patria era una *terra ignota*, llena de peligros y demonios. Nombrar (bautizar) es una forma de exorcizar. Y aquí viene otra dificultad que enfrenta singularmente Álvar a diferencia de sus colegas conquistadores: no encuentra civilización notable que nombrar y está también por ello más inerte. Ese “síndrome del viajero”, aplicable desde Cabeza de Vaca a Cousteau, prefigura una psicología con perfiles muy especiales. De ahí que, con toda justicia, Molloy señale que para distinguirse, Álvar busque “hacer del relato mismo su servicio”.⁶ Y para afirmarlo, agrega

⁶ Silvia Molloy, *op cit.*, p. 427.

que “el autor recalca, por ejemplo, la utilidad de lo narrado, como información geográfica y etnográfica para futuros colonizadores y también como base para una posible estrategia evangélica”.⁷

La transformación del protagonista hace que varíe la connotación del texto, de tal forma que “un yo, narrador y actor, se construye dentro de su historia por un proceso de diferenciación, despojamiento y traslado”.⁸

Todo es inusitado en el viaje de Álvar: como destaca Molloy, “no se sigue una ruta desde un centro conocido hacia una periferia por conocer, sino que se emprende el camino inverso, desde el lugar desconocido, insólito, hacia el lugar de blancos y cristianos”;⁹ se impone así una reconstrucción por el dolor, en una suerte de pruebas ascéticas que promueven una depuración, muy dentro de las ideas platónicas comentadas y divulgadas por Ficino desde el siglo anterior.

El sentimiento de orfandad es tan evidente y tan reiteradamente mostrado a lo largo de *Los naufragios*, que basta recordar todos los pasajes de autoconmiseración que perlan la obra para aceptarlo; procedimiento similar el de Álvar al de los veteranos legionarios romanos que, como cuenta Suetonio, aprovechaban la numerosa concurrencia en los circos y sitios públicos para mostrar sus heridas de guerra, al tiempo que entregaban sus pliegos petitorios, que no otra cosa es el texto de Cabeza de Vaca. No puede ser de otra forma; Crovetto destaca sobre este desgajamiento: “Su traumática salida de las huestes y su soledad en el territorio inhóspito lo circunscriben en una zona de silencio historiográfico”.¹⁰

El náufrago-huérfano es sujeto también de una transculturación acelerada. Desde los primeros españoles “recuperados” que encuentra Cortés al iniciar su empresa mexicana hasta el propio Álvar y sus compañeros, todos son protagonistas embrionarios de un proceso continental, sólo que con la circunstancia especial de que lejos de ser miembros de la cultura dominante, se convierten en asimilados por los sistemas autóctonos. Más delicada aún es la situación de Álvar que la de otros, pues su adaptación es además itinerante, pasando de uno a otro estado de civilización a medida que desarrolla su largo viaje, por lo cual viene a ser un *transculturado*

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, p. 428.

⁹ *Ibid.*, p. 429.

¹⁰ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 31.

reiterado. Hay, por decirlo así, no sólo un naufragio —el inicial— sino una serie ininterrumpida de éstos que hacen alternar esperanzas y fracasos sucesivos. Comentando a Pranzetti y Lagmanovich, Molloy puntualiza que “el traslado físico que constituye la anécdota misma de *Los naufragios* repercute a través del texto como en una galería de ecos: traslado de una meta a otra, traslado de una cultura a otra, traslado por fin de un yo a otro yo”.¹¹

No puedo menos de observar que la figura de Álvar Núñez nos resulta cercana no sólo por su condición de transculturado; además, como náufrago, viene a ser un antepasado del “todólogo” contemporáneo, personaje tan dentro de nuestro sentido de provisionalidad continental. Él, como otros hoy, agobiado y compelido por su circunstancia, adopta los más variados oficios, para lograr su meta definitiva que es la supervivencia. Para adentrarse en la repercusión psicológica individual y colectiva— de toda esta circunstancia, es recomendable tener en cuenta las ideas de la época sobre la división social del trabajo y la estructura que determina en la España del siglo xvi. El hidalgo —y los conquistadores pertenecen generalmente a este sector “libre de pechos”, cuya misma condición pasa a ser sinónimo de “señorío”— está, aunque poseedor de escasos recursos en muchos casos, exento del contacto contaminante de cualquier otro utensilio que no sea el de las armas, al que le inclina su vasallaje. En el caso de *Los naufragios*, se impone además la división del trabajo según el sexo, pues los abandonados de la fortuna deben asumir como parte de su desgracia los menesteres reservados para la mujer. Doble degradación, para la que nos prepara el detalle que se apunta sobre el “devoramiento” de sus armas —símbolos de masculinidad— al convertirlos en enseres domésticos o de función priorizada por la supervivencia. En una época emblemática, como herencia feudal que aporta lustre a la condición individual y que sustenta un complicado aparato heráldico, la selección del instrumento de trabajo ubica socialmente al individuo. En la estratificada estructura española del momento, los oficios manuales —incluidos los hoy “intelectuales” de escribir y similares— eran sinónimo de baja extracción o de dudosa y poco aceptable condición.

Las alteraciones que esto pudo determinar en el ánimo de un hidalgo español —con la conocida valoración que entre los de su estrato tenía el trabajo manual— sería tema para una interesante indagación en la que nos falta, lamentablemente, el testimonio que

¹¹ Silvia Molloy, *op. cit.*, p. 437.

supongo deliciosísimo de su confesor, el psicoanalista de la época. La relación de éste podría competir quizá con el interés que despiertan *Los naufragios*. Porque hay que imaginar, más allá de todo lo que dice Álvar, todo lo que calla.

Sólo un continente como el americano, desde la fecha de Álvar hasta nuestros días, puede generar obras como *Los naufragios* y *Los pasos perdidos*; en ambas, sus protagonistas emprenden un viaje a las raíces, por aventura espiritual el de ésta y por imposición precaria el de aquélla. Pero sucede que lo que en la obra carpenteriana es imaginación y filosofía especulativa, dentro de una tendencia existencialista, en la crónica renacentista es historia y pragmatismo. No es casual pues que tanto una como otra —explícita o implícitamente— se cobijen bajo el signo mítico clásico de Sísifo, el de la tarea eternamente emprendida y nunca acabada. El ambiente mágico que determina ambas obras hace que, por ejemplo, en Álvar lo falso se convierta en realidad (al experimentar el efecto de su propia brujería) y que en el musicólogo carpenteriano se acerque (sin posibilidad de integración definitiva) al estado natural, como oposición al viciado de las ciudades. Sin embargo, lejos de querer huir de la “gran colmena”, Álvar busca reintegrarse en ella, por su mucho más dolorosa condición de *héroe real*.

Porque en ningún momento Álvar y sus compañeros, huérfanos desposeídos, buscan integrarse plenamente dentro de la vida indígena que encuentran a su paso en diferentes estadios de desarrollo, sino sólo *sobrevivir en ella* para reintegrarse al útero materno que significa su cultura. La “adaptación” es una inversión a largo plazo que garantiza la supervivencia. No están marcados aún por la especulación sartreana.

Reclaman a la larga un lugar de excepción que protege su origen distinto como *otros*. El europeo, desgajado de su tronco natural e injertado entre los primitivos, ocupa finalmente un lugar descolante y diferenciado en la estructura indígena, ya sea como “físico” (que es decir brujo, curandero, el principal después del jefe de tribu) o como mercader y más tarde como predicador. Es curioso que exista una transición apenas perceptible entre su estado de “brujos indígenas” a “brujos cristianos”, con usurpación de la prebenda sacerdotal; así se refuerza la afirmación de que *Los naufragios*, más que el relato de un “conquistador”, es la crónica de un “colonizador”: sus victorias se dan en la paz, no en la guerra. De ahí también el predominante acento pacifista, tan extraño aún en su

época, del texto. Esa evolución de más a menos y de menos a más, en la medida que se recupera el hilo hacia la madre perdida, es lo que aprecia Molloy cuando señala que

en nombre de una autoridad, si se quiere divina, el yo, despojado en la primera mitad del viaje, se reposiciona. Pero también se reposiciona del otro: marca una nueva distancia con respecto al indio, cultiva su ascendiente sobre él y prepara, más o menos conscientemente, su propia reintegración en la comunidad española.¹²

Al mismo tiempo acontece el suceso paradójico de que a medida que se acorta la distancia con la madre perdida, ésta resulta más extraña. Es un claro síntoma de transculturación casi irreversible, que Molloy postula al decir que “la cultura propia, al volverse cercana, se percibe más y más como ajena”;¹³ Álvar Núñez, “transculturado fugaz”, representa paradigmáticamente el síndrome de la perpetua adaptación. Nunca fue indio completo ni, después de su experiencia, pudo volver a ser un europeo cabal. Verdadero Sísifo andaluz. Señala Crovetto que “la historia de su salvación es el relato de la progresiva integración del héroe en la sociedad indígena y conlleva un desdibujamiento del ámbito receptor”,¹⁴ lo que significa que el abandono del útero le permite —como en el alumbramiento— integrarse en el mundo desconocido hasta entonces.

Su conflicto se agudiza cuando, de nuevo frente a la madre, la desconoce: las dos morales de la conquista, la del oro y la cruz, enfrentadas, acaban por desgarrar el subconsciente del conquistador trashumante y desdichado, cuando sus primeros contactos con los españoles, hermanos de sangre y de cultura, aparecen en una referencia de violencia y despojo. Pero la misma excepcionalidad del relato, del destino y triunfo de sus protagonistas, induce y confirma la predilección divina —absolutoria— sobre el hijo descarriado. Su redención se da por el milagro, desde su misma “asunción” y la conciencia de la “soledad del yo”.¹⁵ En él se ha incorporado definitivamente el papel evangélico en su largo Vía Crucis. Al final le esperaba el Gólgota de su desolación: huérfano definitivo.

¹² Silvia Molloy, *op. cit.*, p. 444.

¹³ *Ibid.*, p. 446.

¹⁴ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 37.

¹⁵ *Ibid*

OTRA de las mujeres atraídas por la seductora indefensión de Álvaro Núñez es Beatriz Pastor. En su ejemplar *Discurso narrativo de la conquista de América*,¹⁶ precisa el fracaso como el contraste paralelo de la victoria; el desastre contrapuesto al éxito. Y destaca que “*Los naufragios* es todavía hoy, por su riqueza y complejidad, el texto fundamental entre la larga serie de relaciones que formaron lo que he llamado el discurso narrativo del fracaso”.¹⁷ A éste lo caracteriza por la atención que brinda al medio americano y su intención realista y verídica. La agresión del medio contra el extraño es también un rasgo esencial y ello modifica los elementos de representación épica, de tal modo que no existe ya una correspondencia entre la acción y el resultado.¹⁸ La victoria no es entonces el fin último de la crónica. Más que unos *Comentarios a las guerras de las Galias*, resulta una *Ciropedia*: de Julio César a Jenofonte. Es cierto, como afirma Pastor, que “el discurso narrativo del fracaso cancela el modelo anterior de acción épica. En este nuevo contexto, la exploración se convierte en vagabundeo”.¹⁹ El “Judío Errante”, maldito por su inicial falta siempre subyacente en la definición teológica del pecado original, recorre los caminos no sólo de un continente nuevo, sino de un perfeccionamiento a partir del dolor que le permita reintegrarse, puro, en el seno materno. De ahí que, como también señala Pastor, “la osadía, el valor y la acción, como fuente de honra, propios del primer discurso [el de la victoria] dan paso al ‘trabajo’, al ‘sufrimiento’ y a la acción entendida exclusivamente como lucha contra la destrucción y la muerte en el segundo”,²⁰ pues la cultura original, para reforzar su sentido materno, se identifica con *la vida*. Esto tiene otras implicaciones de carácter más profundo: la lucha por la supervivencia implica la postergación de los móviles tradicionales. También según Pastor, “la transformación del modelo épico de la acción se relaciona con el tercer elemento característico del discurso del fracaso: la cancelación de riqueza, gloria y poder como motores fundamentales de esa acción”,²¹ ya que la única riqueza

¹⁶ Beatriz Pastor, *El discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1987 (Colección *Premios Casa*).

¹⁷ *Ibid.*, pp. 282-283.

¹⁸ *Ibid.*, p. 285.

¹⁹ *Ibid.*, p. 286.

²⁰ *Ibid.*, p. 287.

²¹ *Ibid.*, p. 288.

del huérfano es su misma vida, y la mejor gratificación, poder contar la tarea de su salvación. La insistencia con la que Álvar Núñez y sus compañeros de infortunio buscan la corriente salvadora del río que los conducirá a su fuente materna es también, para la imaginación medieval del español, un símbolo de purificación que alude al sagrado Jordán: el bautismo que absuelve de culpas. El náufrago-huérfano ve en el río algo más que una corriente de agua dulce que le permita el acceso al mar, que es la placenta originaria.

La trascendencia de este 'discurso diferente' que tipifican *Los naufragios*, posee especiales acentos en cuanto a la literatura de viajes y la noción del paisaje, como espectáculo y promesa; en este caso, afirma Pastor,

la desmitificación de la naturaleza americana aparece caracterizada como centro de la confrontación entre el europeo y América; la transformación de la acción heroica por la lucha por la supervivencia; la sustitución de riqueza y gloria, como motores de la acción, por la necesidad, que acaba organizando totalmente el desarrollo de las expediciones; y la modificación de los objetivos, que se concreta en una redefinición del botín. Estos cuatro elementos... se completan con un último elemento fundamental: la transformación de la relación en servicio.²²

Continuando con este razonamiento, Pastor puntualiza:

A lo largo de toda la conquista de América, el proyecto de la acción se vincula con la adquisición de gloria, fama y poder. Pero el logro de estos objetivos depende exclusivamente del éxito del proyecto. El conquistador que fracasa regresa a su punto de partida sin nada valioso que ofrecer y, consecuentemente, pocas mercedes y gloria puede esperar.²³

Es evidente que la situación inerte que experimenta el cronista derrotado de *Los naufragios* lo desposee de todos los atributos y corrobora su sentido de orfandad. El padre, traicionado por su ineficiencia, lo desconoce. De ahí que, como señala Pastor, "es en este contexto donde se produce la presentación de la relación de infortunios como valor o servicio tan digno de mercedes como cualquier proyecto avalado por el éxito"²⁴ y esto justifica "reclamar

²² *Ibid.*, pp. 290-291.

²³ *Ibid.*, p. 291.

²⁴ *Ibid.*

reconocimiento por unas penalidades y sacrificios que se reivindican como prueba de una lealtad merecedora de las más altas recompensas",²⁵ y así representa Álvaro Núñez la reiterada figura del conquistador patético y ascético, cuyo sufrimiento le absuelve de su impericia factual.

Crovetto ha entrevistado también este importante asunto. El relato del vencido se convierte en alegato para demostrar que "el mismo fracaso ya no es tal",²⁶ de tal forma que establece el derecho a la filiación aun en contra del desconocimiento y repudio del padre. El hijo insiste en reclamar a éste su condición, pues a pesar de su posible torpeza, sigue profesándole el respeto que le debe como figura paterna. Sobre todo cuando, como acota Crovetto, a través de una "sucesión de 'pruebas' ha logrado mantenerse idéntico al 'sí' de antes".²⁷

Aquí cabe quizá una observación, cuyas interrogantes dejo abiertas y que apuntan una faceta poco tratada de este "discurso de la derrota"; si los europeos están "predestinados" para la conquista y la consiguiente evangelización, ¿por qué hace Dios que naufragen? ¿Pagan así un "pecado original"? ¿Son pruebas ascéticas de purificación impuestas por el Todopoderoso? ¿Martirio y gloria?

Esa orfandad que marca el texto todo de *Los naufragios* no es más que una acentuación de la realidad: desde que el conquistador abandona la Península ya es un poco huérfano. Y a partir de aquí, solo y enfrentado a un mundo hostil del cual no tiene referente, es un "adelantado de cultura" que, paradójicamente, pierde ésta y sin embargo, reitera insistentemente —en sus obsesiones se traslucen sus móviles— su mantenido servicio al Padre.

Pero también resulta que la crónica de Cabeza de Vaca nos enfrenta con una nueva relación del hombre y la naturaleza. Ya no es la cantada melopea bucólica propia de la novela pastoril con toda su carga poética clásica detrás, ni la idílica alabanza de la *Madre Natura* tan propia de los neoplatónicos encabezados por Ficino, sino una nueva relación, desastrosa, terrible, donde el escenario se convierte en trampa para el hombre y que, por ello, resulta antecedente poco estudiado de lo que después harán un José Eustasio Rivera en *La vorágine* y un Horacio Quiroga en sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Álvaro Núñez es así el bisabuelo del Bernardo

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

Subbercasseau de los cuentos quiroguianos. Pero, a su vez, *Los naufragios* tienen un precedente cercano, como el que relata Oviedo, el del enigmático (y aún por estudiar en su riquísima personalidad) soldado Guerrero que reúne en él los atributos condenables del hijo que rechaza al padre, como aberrante prueba de evasión de responsabilidades que lo conduce al cainismo. Así, el texto lo contrasta —en evidente parábola— con la actitud “apropiada” de su contraparte Aguilar,²⁸ el buen hijo, prototipo de reabsorción al útero materno. Al réprobo sólo se le concede como única posible absolución su “vergüenza”, herencia de su cultura anterior.

El huérfano cuyo esfuerzo no es coronado por el éxito defiende al menos su virtud: “Álvar Núñez reivindica también el valor de la *intención* frente al *éxito*, que atribuye más a la fortuna que a la voluntad”.²⁹ La fórmula del derecho romano, pragmática insoslayable, postula *res, non verba*; a lo cual al parecer opone Álvar otra máxima: *Verba volant, scripta manent*; de ahí ese amor cuidadoso por la palabra y sus connotaciones. Porque con palabras se hacen los pliegos petitorios y, también, las oraciones.

Aunque en *Los naufragios* es evidente que la esperanza precede a la frustración, ésta se eterniza en una dilatada sucesión de fracasos. Así, constantemente se le hurta la ansiada “tierra prometida”, en una inversión de aquel bíblico “al oriente del Edén”. Y es que, como destaca Pastor, “la América de Álvar Núñez ya no es un mito. Es una tierra vastísima, salvaje e inhóspita, cuya naturaleza la hace apenas habitable para los naturales e inhabitable por completo para los europeos”.³⁰ Tiene mucha razón cuando señala la inversión del modelo continental paradisíaco por el Colón deslumbrado por su “descubrimiento”: “Lo característico de esta nueva representación de la naturaleza es aquí —como en otros textos del discurso del fracaso— la desmesura, que asume con frecuencia carácter de caos originario y que la dota de un aspecto que alternativamente maravilla y sobrecoge al que la contempla”,³¹ es decir, con un claro paralelismo intertextual bíblico, con el mundo un día antes de su organización, cuando todo era confuso y reinaba el caos, que el narrador —a falta de un imposible *fiat lux*— debe organizar en su texto, para que a través de su dosificación se haga más evidente su

²⁸ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 35.

²⁹ Beatriz Pastor, *op. cit.*, pp. 291-292.

³⁰ *Ibid.*, p. 295.

³¹ *Ibid.*, p. 296.

tarea de servicio y de huérfano aplicado. Él tropieza, sin la experiencia histórica del musicólogo de *Los pasos perdidos* de Carpentier, con el mundo original, con la infancia misma de la humanidad, en una acaso sin paralelo lección de antropología.

Esa indefensión de huérfano privado de la madre se evidencia incluso en sus fobias; cuando Álar relata su periplo costero, insiste una y otra vez en los ostiones que le cortaban los pies, con una reiterada presencia dolorosa. Pastor ha apreciado en su auténtica magnitud esta narración, de riqueza inagotable, cuando señala que "la transformación de la acción heroica de la Conquista en lucha desesperada por la supervivencia, segundo elemento que liga la relación de *Los naufragios* al discurso narrativo del fracaso, se desarrolla con mayor profundidad en este texto que en cualquier otro de los que integran este discurso narrativo":³² Aquí los Quijotes no luchan contra gigantes ni molinos, pues tienen que enfrentarse, en la más terrible y pedestre cotidianidad, con los implacables ostiones. Y esto, para un descendiente de los honrados caballeros que recuperaron Andalucía para la Cristiandad, debió de ser frustrante.

Si en lo grotesco se encuentra el impulso de lo risible, según Bergson, por cuanto la anomalía en el orden natural provoca lo cómico, es postulable el carácter caricaturesco que destaca Pastor³³ en relación con la tropa expedicionaria de Narváez. Está marcada por un sino trágico, que se convierte en premonición del desastre, generando una imagen del pecado original y de la culpa para expiar consiguientemente. El desorden, que Aristóteles consideraba como un pecado mayor, se entroniza desde su misma raíz en la empresa y determina su curso posterior. Así se logra la caracterización y determinación de un "antihéroe" muy especial por "la debilidad, la vulnerabilidad y la desorientación".³⁴ La caricatura, deformación y aberración exagerada de la realidad, marca no sólo al capitán torpe, sino a su ejército y a toda su expedición punitiva. La castración que supone la pérdida del barco (que al mismo tiempo es seno materno), implica que desde ese momento y en adelante, "la iniciativa, las demostraciones de fuerza, la agresividad y las amenazas correspondan a los indígenas",³⁵ a quienes se traslada ostensiblemente el principio masculino de la transformabilidad. Los españoles asumen

³² *Ibid.*, p. 297.

³³ *Ibid.*, p. 298.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

una "violencia defensiva"³⁶ que no es otra cosa que la manifestación de una resistencia a la violación que ha seguido a la castración que los feminiza y, como en la espera del ataque, queda establecida su condición mujeril. Los escasos botines debidos más que nada a la fortuna, corresponden durante la mayor parte del relato a bienes particularmente domésticos, como huevos y legumbres. De conquistadores a verduleras, es la lección del texto. Lo prosaico domina ampliamente sobre lo heroico. Sancho Panza ha triunfado sobre Don Quijote. Y ambos, la espiritualidad y la materialidad, el aldeano práctico y el hidalgo idealista, se resumen en la figura patética, de la "triste figura", de ese gran huérfano que es Álvar Núñez.

Al comer sus caballos no sólo están realizando un acto de impostergable supervivencia: están devorando una de sus armas, quizá la más efectiva; una suerte de mutilación. A partir de aquí, ya sin ambages ni disimulos, la expedición pierde su carácter guerrero y se transforma en una migración doméstica; no se trata ya de "conquistar", sino sencillamente de "regresar" al útero. Como puntualiza Crovetto, "la pérdida del contacto institucional corresponde en el náufrago a una inmediata y sucesiva mutación caracterizada como una 'barbarización'".³⁷ Este aniquilamiento de la virilidad se comprueba con múltiples señales; además de los caballos devorados, el metal (símbolo además de una cultura avanzada y dominadora) se transforma: las espadas, lanzas y yelmos se convierten en utensilios domésticos para la supervivencia, en un tránsito de lo masculino a lo femenino realmente notable. Se produce así un curioso "matriarcado de hombres", afanados en labores domésticas por imposición del medio que los ha castrado. Por eso no es raro sino totalmente justificable que en parte alguna del texto se encuentre referencia directa o alusión a la posibilidad de "tomar mujeres", ni se mencione la belleza probable del otro sexo, pues no les corresponde en su situación el pensamiento de ello: el reposo sólo lo merece el guerrero que ha vencido en la batalla.

Al perder la relación con el útero materno y quedar desamparados como náufragos y huérfanos, se inicia un progresivo proceso de desintegración social; dejan de ser la *gens* guerrera y se convierten en un disociado conjunto humano que atiende a valores pragmáticos, donde no predominan conceptos como la honorabilidad ni la solidaridad. Al faltar el padre y la madre, los hermanos —huér-

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 40.

fanos también de autoridad— se *cainizan*. La anarquía se establece en el grupo, acéfalo por incapacidad paterna. De esta forma, *Los naufragios* vendrían casi a ser una historia de la humanidad, pero al revés: hay una inversión de los tiempos evolutivos, pues van de más a menos, inicialmente. El esquema clásico de correspondencias entre causa y efecto, que en otros discursos identifica la acción con el triunfo, aquí se representa en la igualdad con el fracaso. Los triunfos que apuntan en la crónica, con un carácter muy relativo, son causados más bien por la casualidad y no son representativos, como sucede en su adopción del oficio de curanderos, que es más bien impuesto. Aunque la épica en el relato se hace prosaica

Aquiles cultivando frijoles, disfrazado de mujer, lejos de la guerra— no puede menos que advertirse, por otra parte, el sentido digamos hemingwayano de Álar Núñez como personaje dentro del texto: igual que el viejo pescador de Cojimar, en su actitud formula que el hombre puede estar vencido, pero nunca derrotado. En una afinación mística progresiva, Cabeza de Vaca prosigue su marcha, en contra de toda lógica, oponiéndose a las dificultades. Después de las privaciones sufridas durante el prolongado tiempo de su orfandad, en Álar Núñez se evidencia —por sus constantes alusiones a la comida, por ejemplo— que adquirió el “síndrome del concentrado”: en él se estableció un hambre permanente y la conciencia obsesiva de su posible pérdida. Más que el honor, que queda anulado o muy sumergido desde el principio del relato, es la necesidad la que dicta normas de conducta.

Para reintegrarse al útero materno, “la necesidad cancela señal a Pastor— todas las ambiciones y pasa a ser el elemento impulsor de toda acción y el núcleo organizador de todo proyecto”.³⁸ Existe en esto la ruptura del himen de la leyenda, que quiebra el ideal renacentista de realización, pues —continúo con Pastor— “los textos que integran el discurso narrativo del fracaso formulan la primera representación desmitificadora de América, la Conquista y el Conquistador”.³⁹ Resulta por lo menos curioso que el nacimiento de la hoy poderosa Unión norteamericana tenga como origen histórico la relación de un fracaso, el relato de una frustración.

La figura del héroe, si comparamos las *Cartas de relación* y *Los naufragios*, nos ofrecerá una síntesis reveladora: lo que en Cortés es actividad creativa, en Núñez es pasividad adaptadora; si el prime-

³⁸ Beatriz Pastor, *op. cit.*, p. 307.

³⁹ *Ibid.*

ro es todo ofensivo, el segundo es completamente defensivo. Ambos organizan sus textos a partir de esa característica esencial. Por eso resulta lógico que mientras Cortés puede poseer a su Malinche, Núñez se resigna al celibato implícito que recorre todo su relato. El caballero convertido en dama de la torre, desprovisto de su armadura, en una condición primigenia que se ve como deshonor, "en cueros", no puede asumir dignamente su actividad viril. Se liquida así al héroe y se nos muestra entonces el ser humano.⁴⁰ Esto confirma la excepcionalidad del relato de Cabeza de Vaca que, sin proponérselo, "deja paso a la aparición de una conciencia crítica que va a organizar una percepción y representación de la realidad de la Conquista cualitativamente distintas".⁴¹

"Humanizado" el guerrero, aparece el miedo como expresión de la recuperación de su instinto de supervivencia, que hasta entonces no había sido compelido. Es el mismo sentimiento conservador del recién nacido que abandona el hópito líquido amniótico y se enfrenta con un mundo desconocido, y en este caso de *Los naufragios*, para colmo, en situación de huérfano, pues nadie vela por él, sino él mismo en medio de su indefensión. Este sentimiento provoca una distorsión posible de la realidad, que hace perder la ecuanimidad y la noción de proporción cuando se perciben indios con tallas de gigantes. Se evidencia así una especie clásica de histeria colectiva, fundada en el pánico, con predisposición a lo maravilloso y tremendista. No hay síntoma más claro del desamparo que la indefensión causada por la carencia de ropa, que, como señala Pastor, "equivale a la pérdida de la civilización",⁴² y no sólo para la ideología de la época, sino para todas. La alusión de acento bíblico de Núñez, cuando señala estar "desnudos como nascimos", es la representación de una orfandad asumida dolorosamente. Por eso su carencia busca cobijo en la figura paterna perdida que simbolizan Dios y el rey. Todo el texto reclama esa paternidad. Por eso el espectáculo de los aborígenes que se ofrece a su vista experimenta un profundo cambio: de salvajes iniciales (objetos de conquista) se convierten en humanos (sujetos de catequización). La solidaridad abolida en el desintegrado grupo español aparece transformada en un concepto más general cuando ya el núcleo inicial se ha ido asimilando gradualmente al contexto natural. El símbolo del llanto como

⁴⁰ *Ibid.*, p. 308.

⁴¹ *Ibid.*, p. 309.

⁴² *Ibid.*, p. 311.

hermanador de los hombres, resulta igualmente convincente y es uno de los más logrados hallazgos de la narración. Es mediante un elemento convencionalmente de procedencia femenina, como las lágrimas, que se avanza en ese sentido de humanización. Por otra parte, el llanto es todo un tópico en la literatura y específicamente en Latinoamérica —terreno muy favorable para las radionovelas de ayer y las telenovelas de hoy— extiende su imperio acuoso desde estas pioneras gotas de Alvar y sus compañeros, hasta el momento presente, pasando por esa gran novela, lacrimosa y lacrimógena, que es la *María* de Jorge Isaacs. Ese atractivo del llanto, gran igualador, quizá radique en su trascendida función fisiológica de una lubricación que prepara, invita y predispone como señuelo sexual, o también en su valor subconsciente como semen abortado; en otras palabras, líquido seminal que brota por los ojos.

Los curtidos y desventurados hombres ya no encuentran motivo de desdoro en llorar, y más propiamente en plañir, que es el sentido litúrgico que adopta el llanto en la narración. Es tal ya la indeterminación de los conceptos de civilización y barbarie, que son los españoles quienes resultan tildados de bárbaros al cometer canibalismo; claro que detrás de esto podría adivinarse también una suerte de ritual de fortificación del macho mediante el devoramiento de su semejante más débil, para lograr que se cumpla la ancestral supervivencia del más fuerte, después de haber perdido toda capacidad de iniciativa frente a los indígenas. Dentro de esta reintegración progresiva se produce una especie de equilibrio donde lo masculino y femenino adoptan una correspondencia equilibrada, como una suerte de *yin yang*, dentro de un *tao* que refleja en primer término los procesos de la naturaleza. Pastor percibe la trascendencia de esa transformación, que produce “el cuestionamiento radical de la oposición entre españoles e indígenas”⁴³ nos lleva, necesaria e ineludiblemente, al cuestionamiento mismo de la conquista. La obra de persuasión y servicio es asumida con notable sutileza por Alvar Núñez, quien encuentra en los indígenas, transitoriamente, el padre perdido que incluso lo carga en sus brazos. Esto ha sido posible por la aceptación de lo que Crovetto define en los términos “el salvaje como sujeto aseverativo”,⁴⁴ que encuentra espacio en el propio discurso; pero esta “adopción del huérfano”, relatada para el verdadero padre (el rey) se canoniza al presentarla como sinónimo de salvación, pues la única excusa que puede exponer el hijo extraviado a

⁴³ *Ibid.*, p. 315.

⁴⁴ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 38.

la paternidad real es la manipulación del padre adoptivo en su servicio.⁴⁵ Así casi se recupera la cuna extraviada. La madre, en cambio, es un concepto más amplio, pues se refiere a la totalidad de la cultura nutricia. Sin padre ni madre, el huérfano pierde su identidad y se transforma en *otro*; por contigüidad, el indígena. Experimenta 'una degradación a partir de sus propios conceptos sustantivos de organización social: de soldado de la fe a mercader. Sintiendo débil, apela al recurso de su inteligencia y enfrenta una permanente adaptación ante un medio cambiante. Sería interesante y quizá útil intentar un estudio del sentimiento de orfandad en las letras que se desarrolla en el escenario latinoamericano. Ese análisis posiblemente brindara claves para la comprensión de un continente que, como el nuestro, nació huérfano.

Teniendo en cuenta esta manipulación de la paternidad por el huérfano, puede postularse su carácter de oportunista que, por supervivencia, lo identifica con el pícaro, ese otro gran huérfano, náufrago social, desprovisto de raíces y en permanente adaptación. De esto se desprende la extrema facilidad cuando aceptan, nada ortodoxamente, su tránsito de menesterosos a casi dioses, conversión sólo posible por el ingenio, para una nueva manifestación de la excusa por el servicio. Lo que define Pastor como "el desarrollo de la comprensión y el conocimiento de la nueva realidad",⁴⁶ no es otra cosa que la adaptación a un nuevo medio, que se convierte transitoriamente en otro útero, pero que no se identifica como el propio; especie de madrastra que brinda el sustento, pero no el amor. Al oponer la dicotomía de la violencia y la adaptación, nos enfrentamos con un discurso que puede traducirse igualmente como violación y seducción; lo primero es estéril; lo segundo, fecundo. Ese largo tránsito por tierras inhóspitas, desconocidas y tenebrosas, reedita —sin saberlo— el azaroso camino del espermatozoide hasta el óvulo. Sólo el mejor —el que puede contarlo— sobrevive. Es una selección natural no sólo del más fuerte, sino del más hábil y capaz. Sin embargo, el huérfano transitorio y accidental se convierte en permanente y definitivo, paradójicamente, cuando vuelve a su cavidad materna; Álvar Núñez, no sólo por su fracaso, sino por su transculturación, es ya un marginal para Europa,⁴⁷ lo cual le impulsa a "la redefinición de la propia identidad",⁴⁸ que constituye

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Beatriz Pastor, *op. cit.*, p. 318.

⁴⁷ Beatriz Pastor, *op. cit.*, p. 319.

⁴⁸ *Ibid.*

una temprana visión del *otro* que él ya es. Así, “la metamorfosis de la figura del conquistador-narrador lleva consigo la transformación y humanización de la percepción de la realidad y, sobre todo, de un elemento central de esa realidad: el indígena”.⁴⁹ Sin embargo, el relato realiza una división absolutoria; como señala Crovetto, “escinde la persona en un ‘antes’ cultural y un ‘después’ incultural-salvaje y, por lo tanto, la soledad del naufrago es vivida como espacio en suspensión de los dos mundos posibles”,⁵⁰ que configuran lo que podría denominarse como “estado plasmático”.

De hecho, *Los naufragios* son un alegato contra la manejada “leyenda negra” española. Sólo la visión de un derrotado que incorpora su experiencia partiendo del análisis y la rememoración, puede aceptar la diversidad como argumento de legitimidad para la existencia; pero este concepto se asimila doblemente, desde los españoles a los indios y al contrario. Es así que

en *Los naufragios*, la transformación del primer término del modelo humano del discurso mitificador se completa con una transformación no menos profunda del segundo término [lo cual] no implica la desaparición de diferencias entre esos hombres sino la afirmación de la naturaleza humana de seres radical y culturalmente distintos.⁵¹

Este aporte resulta esencial para una visión antropológica con cercanía de modernidad sobre los indígenas americanos, que ya no son, como acota Pastor, “no humanos sino como humanos primitivos”.⁵² De ahí esa pasión por la descripción, por el detalle revelador, a veces no comprendido con cabalidad, pero que se consigna, como una forma de perpetuar y legar esa experiencia. El llanto luctuoso es una prueba irrefutable de humanidad y por ello el largo espacio dedicado en los capítulos xiv y xv de su narración, donde aporta además los cuidados paternos hacia los hijos, que él aprecia mejor aún como hijo desposeído que es. Es curioso, sin embargo, que lo que no se les escatima en cuanto reconocimiento social a los indígenas, se le hurta reiteradamente al negro que acompaña la expedición, el misterioso Estebanico. Si los españoles son “asimilados” y transculturados dentro de la sociedad indígena americana, el negro Esteban es algo equivalente a la de ellos,

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ Crovetto, Crisafio y Franco, *op. cit.*, p. 39.

⁵¹ Beatriz Pastor, *op. cit.*, p. 319.

⁵² *Ibid.*, p. 320.

pues a su vez es un insertado africano dentro de la cultura europea. Por otra parte, un descendiente como Álvar de los guerreros que reconquistaron la Andalucía, no podía menos que mantener a nivel subconsciente la prevención atávica contra los africanos, pues ellos formaron ‘‘las negras huestes de Almanzor’’. África es para gran parte de la Europa meridional la madrastra odiada y negada. Pero, ciñéndonos con rigor a su situación, Álvar Núñez vendría a ser, de algún modo muy peculiar, ‘‘el primer chicano’’, es decir, el primer latino insertado dentro de la formación física que después sería Norteamérica. Claro que esto en un sentido tan general como se pueda, pues aún no existe en ese momento el elemento anglosajón que predominaría después. Esta indefensión que experimenta el emigrante de cualquier nivel, en mayor o menor grado, la siente Cabeza de Vaca y es tan aguda su percepción que pule la sensibilidad del antes conquistador, de forma tal que ‘‘al final de su relato propone la sustitución de la violencia por la persuasión y la del abuso por la justicia’’⁵³ en un giro radicalmente opuesto al discurso tradicional imperante. Si bien es cierto que destruyen modelos —al mismo tiempo que desmitifica— *Los naufragios* sustituyen el mito de los Argonautas en busca del Vello de Oro, por el de Sísifo, que ya apunté, en una tarea penosa e inacabable. Las concepciones aristotélicas en las que ha sido formado el autor-protagonista sufren un resquebrajamiento que lo coloca en el umbral de la heterodoxia, con los peligros que esto implica en una España inquisitorial como la de Felipe II, en la que publica su narración. Aristóteles, esclavista y eurocentrista, era el modelo ideal para una España estratificada, y la experiencia americana de Álvar y sus compañeros no puede menos que obligarlos a revisar la escolástica dominante. Condenan la conquista de los cuerpos, pero promueven la colonización de las almas. Pastor destaca que ‘‘la importancia ideológica de *Los naufragios* residía en la desmitificación crítica que llevaban a cabo del modelo ideológico dominante... pensamiento crítico... que socavaba activamente todo el modelo de conquista y explotación del Nuevo Mundo’’,⁵⁴ evidenciando un mecanismo ejemplar donde ‘‘el fracaso... se convierte en el punto de partida de una toma de conciencia... propuesta política que subvierte el orden establecido’’,⁵⁵ pues la dura

⁵³ *Ibid.*, p. 322.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 325.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 326.

lección experimentada tiene el efecto positivo de humanizar por el destino adverso y acercar al hombre con su semejante. Se han hermanado los huérfanos en la lucha por sobrevivir: "Subir cuestras hermana hombres", dirá mucho después José Martí. El carácter testimonial que tiene el relato de Álvar Núñez brinda un importante precedente para la manifestación de ese género que por llamarle y diferenciar de algún modo conocemos como testimonio. Estamos marcados, desde el inicio mismo de nuestra vida moderna, por esa voluntad de fijar unos perfiles en perpetua ebullición que se borran con cada marea de la historia, grabados en una arena siempre movediza y provisional.

La utilidad del texto de Álvar Núñez está fuera de duda. Lo cuestionable es la noción de éxito en *Los naufragios*, pues el "triunfo" se limita a la supervivencia, lo cual es inadmisibles para el ideal caballeresco medieval que pervive en las mentes afebradas de los conquistadores. Esto lo convierte en un paria, un "intocable" dentro de la estructura social de su época, pero —por otra parte— lo hace un riguroso precedente del Inca Garcilaso de la Vega. Si éste escogió como mote *Con la espada y con la pluma*, Álvar Núñez reedita o, por decirlo mejor, anticipa esta dicotomía pues, como destaca agudamente Pastor, "reivindica explícitamente el valor de la palabra frente al de la acción",⁵⁶ pues él es un caso donde el guerrero *hace y escribe* la historia, que no tiene que ser precisamente la del triunfo y la apoteosis, sino todo lo contrario. En él se manifiesta la degradación del "bastardo", en términos figurados, dentro de la ilustre cohorte de guerreros vencedores y es para el rey, su padre, un huérfano y un desconocido. De ahí el curioso tránsito que, con un relato en primera persona, expresada en el "nosotros" que predomina después, busca así compensar con el número la condición desposeída o, en los términos que formula Pastor, "desaparece por completo el elemento de responsabilidad individual en el desarrollo de los hechos —en este caso del fracaso".⁵⁷ No es una muestra de oscurantismo propia de la época el papel de las profecías en el relato. Son elementos de justificación, piezas de absolución, para explicar que un poder metahumano ha intervenido y propiciado el desastre. Destino, fatalidad, designio divino... la respuesta final se deja al lector en última instancia, para que sea él y no el narrador quien diga la última palabra. Pero sí se ha expuesto previamente una dilatada sucesión de infortunios que lo predisponen a

⁵⁶ *Ibid.*, p. 326.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 328.

favor del náufrago-huérfano, algo muy similar a la más elaborada novela picaresca. No podemos olvidar tampoco que en la intertextualidad posible se producen asociaciones donde las profecías o los vaticinios determinan grandes dramas familiares: en la mitología clásica, la disputa de las diosas genera una guerra terrible entre troyanos y aqueos, con la intervención de una hábil maga; la tragedia de Edipo es igualmente “avisada” y también inevitable; Moisés es arrojado a las aguas (caso típico del huérfano bíblico) por una profecía; Baltasar recibe en pleno festín el triple aviso de su desgracia... sobran los ejemplos. Trátese de un fatalismo justificador o de un recurso expresivo hábilmente utilizado en la persuasión, sí parece definirse como resultado de uno y otro caso la orfandad preestablecida que condena a los expedicionarios. Profecías, presagios y revelaciones conducen directamente a las sibilas consultadas por los héroes clásicos y forman ese “concierto fantasmagórico”⁵⁸ —verdadera *Walpurgisnacht*— en que desembocan *Los naufragios*. La intención literaria para crear un estado de *suspense* se ofrece cuatro siglos antes de Hitchcok, de forma muy efectiva; debajo del confesado deseo de informar, hay una voluntad de impresionar por parte del autor.

De hecho, vista la relación de fracasos, habría que apreciar el relato de Álvar Núñez como un curioso y muy interesante antecedente de la novela anticaballeresca que encuentra en el *Quijote* su expresión más conocida. Pero, al mismo tiempo, cuando postula las necesidades vitales de sobrevivir en términos de “hambre y necesidad”, como motores decisivos de la acción, también se está constituyendo en un antepasado de la novela picaresca. Porque de todo tiene Álvar Núñez en igual medida, de Alonso Quijano y de Estebanillo González. Puede comprobarse que ese recurso de la intercalación de relatos que funcionan en el *Quijote* con especial efectividad, tiene en *Los naufragios* un precedente estimable. Si tratamos de reconstruir la figura de un Cabeza de Vaca desnudo, famélico, con sangre de añil en sus venas y en medio del desierto, no podemos menos que asociarlo con la desgarrada silueta del Caballero de la Triste Figura, atravesando los secos campos castellanos, flancos y ánimos quebrados después de sus aventuras contra gigantes malandrines y follones encantadores. Y me formulo una duda: ¿Habría leído Cervantes el relato de Álvar Núñez? ¿Habría alguna posible intertextualidad entre *Don Quijote de la Mancha* y *Los naufragios*? Si

⁵⁸ *Ibid.*

Cervantes, interesado en todo lo que de novedad y fábula tuviera la literatura de su época —está sobradamente demostrado que fue un gran lector de novelas caballerescas— pensó en algún momento venir a la América para solucionar sus penurias económicas: ¿no es lógico pensar que consultara y asimilara las crónicas de conquista, entre ellas *Los naufragios*?

Por otra parte, el pícaro es un gran huérfano: social y familiarmente hablando, no goza ni disfruta de apoyo alguno. Es, como dicen los italianos, *senza parenti ne rappresentazione*. En medio de esta curiosa fusión de lo caballeresco y lo picaresco que se da en *Los naufragios*, hay que precisar que el pícaro es, más que sobreviviente, un “sobrevividor” de la vida, en lo que ésta tiene de cruel y azarosa. Naufragios sucesivos —percances adversos— son cada uno de los amos del Lazarillo de Tormes, por ejemplo. Y de igual forma que toda novela es un viaje, también todo relato es una vida. Aunque nos pueda molestar —en este sentido y por el mismo carácter recopilador de sus relatos— no es menos cierto que son los mismos hombres que realizan la conquista los que empiezan a trabajar —inconscientemente y con otro propósito quizá— la realidad americana en un sentido antropológico. Son una especie de “elegidos” y es enorme la cantidad de quienes así lo creían rigurosamente— y así se transparenta en el tono y proyección de sus relatos descriptivos. *Los naufragios* son, por todo esto, una obra altamente representativa dentro de los relatos históricos de su época. Sin embargo, es tan útil por lo que dice como por lo que sugiere, pues como señala Pastor,

junto a esta presentación descriptiva de la acción se da la existencia de un discurso connotado cuya continuidad se articula sobre la proyección metafórica que adquiere en el texto toda una serie de elementos clave de la narración... Este discurso connotado por la narración... muestra la percepción individual de una trayectoria personal como expresión de una problemática cultural e ideológica colectiva.⁵⁹

Estructuralmente, el relato adopta una forma cíclica. Si al principio se produce la pérdida de la civilización (el útero materno del cual se desgajan los expedicionarios) todo su desarrollo posterior es la búsqueda para la reintegración en ese espacio original. La noción individual del “yo” es constantemente revisada y trasmutada

⁵⁹ *Ibid.*, p. 335.

a través de toda la obra, de tal forma que cuando se logra la vuelta al hogar —en medio de cierto extrañamiento que hace perenne el sentimiento de orfandad— el “yo” ya no es el mismo del principio, pues es un “yo” crecido, enriquecido; pero también es un “yo” contaminado por el “otro”, un “violado” cultural, que es el peligro más importante del huérfano desprotegido. No comparto, sin embargo, el criterio de Pastor cuando señala que al convertir para su supervivencia las armas de conquista en útiles domésticos, se está liquidando un orden imperialista y guerrero,⁶⁰ lo que ocurre es que, en vínculo directo con esa transformación determinada por la desastrosa falta de previsión de un padre-jefe poco hábil, se está realizando una mutilación del falo, un sacrificio del padre incapaz, impotente contra el destino que él ha concitado; de ahí que la necesidad de primer orden —a la cual se supeditan las restantes— es la vuelta a la madre. La desnudez no es un regreso a las raíces, no es la reasunción de una actitud edénica, sino por el contrario, el estigma del hijo desposeído, del arrojado fuera del hogar, quien desde ese momento intentará el retorno. Al perder la ropa, gana por otra parte una mejor adaptación en el ambiente hostil y acorta así el camino a la casa y a la madre. Ese “viaje a la semilla” que —forzados por las circunstancias— realizan Álvar y sus compañeros, germinará, sin duda alguna, pero no en otro orden social propuesto por ellos: volverá Cabeza de Vaca a la conquista, con la misma convicción de sus derechos y deberes de buen súbdito hijo readmitido— pero no es lo que se logra en ellos lo verdaderamente importante, sino lo que desde ellos nos llega en su relato. Se refuerza así el carácter parabólico que estructura toda la obra, no sólo por su trazo circular, sino por su intención: una gran metáfora del fracaso y la reinsertión en la cuna perdida.

III

OTRA mujer atraída por la figura pletórica de orfandad de Álvar Núñez, y que ha sido una de sus notables comentaristas, es Trinidad Barrera, autora del prólogo y la edición de *Los naufragios* realizada por Alianza Editorial.⁶¹ Las observaciones de Barrera seducen por esa capacidad manifiesta para encontrar nuevas facetas en la obra

⁶⁰ *Ibid.*, p. 336.

⁶¹ Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Los naufragios*, edición, introducción y notas de Trinidad Barrera, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

de Cabeza de Vaca. Una de esas primeras postula que “quizá no sea lo más singular de esta crónica el relato de las desdichas en sí mismo... sino la sabia combinación del valor documental y pragmático con las inserciones creativas. Feliz maridaje de lo informativo y lo literario que caracteriza a buena parte de las crónicas de las Indias”.⁶² En esa dualidad feliz radica el éxito y el valor de *Los naufragios*, que a partir de su literaturización admite la multiplicidad de lecturas enriquecedoras.

Por una parte, resulta paradójico, a la distancia, que la Florida, hoy mítico territorio de éxitos para tanto emigrante latinoamericano, tenga un origen histórico como tierra de fracasos. Esto incide sobre el carácter épico, de “auténtica odisea”⁶³ del relato de Álvar Núñez, cuyos protagonistas se integran en lo que Barrera define como “generación fronteriza entre el Medioevo y el Renacimiento”,⁶⁴ lo cual evidencia el profundo conflicto que como seres en perpetua adaptación —histórica y cultural— van a manifestar con todas sus implicaciones a través de la obra.

A partir del dato que nos brinda Barrera de que en ocho años Álvar y sus compañeros sobrevivientes recorrieron cerca de 18 000 kilómetros, se puede hacer un cálculo rápido que arroja, partiendo del supuesto que nunca se hubieran detenido, más de seis kilómetros diarios caminados. Si tenemos presente que durante seis de estos años Álvar permanece tratando de preparar la huida de su amigo Lope, apreciaremos la enormidad verdaderamente impensable para un hombre moderno, del esfuerzo físico que significó ese prodigioso viaje. Si además de este dato también recordamos que Cabeza de Vaca permanece detenido por sus compatriotas igual número de años que los que pasa atravesando el vasto continente norteamericano, se nos ofrece una dolorosa suma de dieciséis largos años de penalidades que hacen de este ser doblemente patético y proscrito una figura digna de la más alta tragedia.

Esta manera de integrar que Barrera subraya de “relación, historia y literatura”,⁶⁵ se traduce en fórmulas y recursos de persuasión que buscan garantizar la efectividad del texto por una acumulación suasoria y reiteraciones de elementos de “humildad”, “devoción” y “servicio”.⁶⁶ Al comentar el revelador aspecto del destino relacio-

⁶² *Ibid.*, p. 8.

⁶³ *Ibid.*, p. 12.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 19.

nado con el desarrollo épico del relato, Barrera vincula el ejemplo clásico de las "aleccionantes mudanzas de la suerte", que se suceditan, muy para hombres de su tiempo, en el ejercicio de una fuerza divina (que al mismo tiempo absuelve de responsabilidad a los implicados en el fracaso) predominante sobre la ocasional mención decorativa de una intervención de la Fortuna en el sentido renacentista.⁶⁷

Cuando analiza el significado del vocablo "relación" en la época, Barrera brinda un importante elemento para interpretar el sentido del texto comentado: se trata de "dar testimonio personal de incidentes presenciados por el que redacta y suscribe y organizar coherentemente... esos incidentes o datos para que cobren sentido"⁶⁸ es decir se trata de un documento de carácter eminentemente *legal*, en todo lo que de puntilloso y elaborado tenía un alegato de este tipo sobre todo en esos tiempos, cuidadosos en extremo de establecer una legalidad que comprendiera todos los detalles suficientes, por ínfimos que pudieran parecer, para cuidar un orden establecido compuesto por normas rígidas e inexcusables. El sentido verticalista de la monarquía española, entonces en proceso de absolutización, es un punto para tener en cuenta también. La crónica de Álvar Núñez se escribe para Felipe II, no para Carlos V, y es conocido que, si durante el imperio del nieto de los Reyes Católicos España alcanzó su mejor momento europeo, con el Rey Prudente se encerró en el formulismo de una severa etiqueta que manifestaba domésticamente un poder cerrado e inaccesible. Una crónica como *Los naufragios*, vista en el sentido en el que hemos venido comentando el texto, es —sobre cualquier otra cosa— una probanza de filialidad —al mismo tiempo que de fidelidad— que se dirige a un padre celoso y receloso. El autor se está jugando una filiación escamoteada que lo ubica en el terreno de los desposeídos e ignorados totales, de los bastardos de la historia. Y para lograr su objetivo principal, echa mano de todos los recursos posibles y esto determina que en la obra, como afirma Barrera, "se coordinan la pureza descriptiva y la interpretación imaginativa del pasado" y enfatiza que "sus inserciones creativas hay que valorarlas sin que esto signifique un desprecio por el valor documental y pragmático".⁶⁹ Al escribir su texto, después de haber vivido el suceso que cuenta, Álvar Núñez hace dos veces la historia, la sufrida y la trasuntada, lo

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Ibid.*, p. 21.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 25.

cual no descarta la intención literaria de generar un texto con belleza expresiva.

Ese "síndrome del hijo alejado", del huérfano mutilado, es lo que obliga a que "el relator se empeñe en describir y justificar sus hazañas para configurarse a sí mismo e insertarse en la historia a través de la escritura",⁷⁰ porque antes ha sido desplazado de ella, por la impericia y nulidad de un falso padre que ha equivocado sus deberes y atraído la maldición sobre sus hijos-soldados. A partir del desastre que abre la obra, la naturaleza adquiere la connotación no de una madre para el abrigo —que es imposible— sino de una madrastra castigadora que tiene como virtud posible impulsar la búsqueda del verdadero seno originario para reinsertarse en él. Y todas las penalidades se soportan en este tránsito, este calvario que eleva por la depuración de un pecado original suscitado por un acto fallido y errado. La irresponsabilidad del padre putativo, en quien ha delegado su autoridad el verdadero padre, el rey, conduce al fracaso pero con castigos para aquellos que aceptaron su dirección espuria. Existe desde el principio una predestinación al desastre, pero esto no es casual, pues el relato cuenta los sucesos no a medida que se producen —como podría ser en una moderna crónica periodística— sino al cabo de ello, desde la distancia del recuento y la evocación, para integrar así un todo más coherente y jugoso de intenciones, en el cual existe una integralidad de principio a fin. Pero aun dentro de su unidad como relato, en el texto se aprecian dos líneas que guían la narración: por una parte, la que toma como protagonistas a los expedicionarios, traducida en trabajos y zozobras y por otra, la del escenario natural que, al mismo tiempo que plantea demandas y esfuerzos, es también una promesa de redención. Es un tipo de literatura directa, por ello mismo bastante moderna y cercana a nosotros, donde lo literario está en el uso de elementos sutiles y efectivos y no en el despliegue de una prosa rebotante de metáforas pues, como percibe Barrera, "su imaginación no se desplaza hacia digresiones que nos permitan apreciar sus conocimientos eruditos, *sino hacia lo documental*, lo visto y lo vivido".⁷¹

Esa noción permanente de la "madre perdida", hace que de forma reiterada se introduzca el elemento de semejanza y comparación del nuevo medio con el útero original, como cuando señala "a la manera de Castilla" y otros giros similares. No hay nada en

⁷⁰ *Ibid.*, p. 26.

⁷¹ *Ibid.*, p. 47.

el atractivo del medio natural, sin embargo, que les haga olvidar ese superobjetivo de reimplantación en el seno fecundante de cuyo cordón umbilical se les privó por atentado de la fortuna. Y para reforzar esto, existe en el texto un perceptible "gusto por el desastre", una cierta delectación en detallar el sufrimiento y sus variadas modalidades para contrastar así su destino de hijos huérfanos e infortunados, con el de otros conquistadores, hermanos con mucha mayor suerte en un ciego reparto de favores. Si Cortés encuentra a su paso riqueza, vasallaje instantáneo y colaboración de los indígenas, Núñez tropieza reiteradas veces con la pobreza nada honrosa, la desobediencia que lo lleva incluso a padecer esclavitud (siempre asumida con una sana resignación cristiana, dentro de lo posible) y la reiterada oposición hostil, pues ni aun al final del viaje dejan de ser "utilizados" en el sentido más lato de la palabra.

El elemento caballeresco está tan depauperado en *Los naufragios*, que también por esta vía muestra el sentido de contraste. El concepto medieval de la guerra se encuentra tan notablemente disminuido, que se convierte de hecho en una antiépica, o al menos en una "épica al revés". Las batallas no son tales, sino más bien escaramuzas nada gloriosas que carecen en absoluto de grandeza. No dan pretexto por tanto para el despliegue de la cortesía caballeresca y cortesana, que sí puede utilizar Ercilla por ejemplo, en su *Araucana*, pues en ésta se produce el combate entre españoles e indígenas, pero con un cierto grado de nobleza en todos. Sin embargo, la carencia de brillo en las acciones que relata Álvar no disminuye su letalidad: en ellas también se muere, pero sin trompetas de fama sonando por los aires ni la esperanza de una apoteosis; a la larga, pueden terminar ensartados en un asador. La honra —pues— es asunto exclusivo del europeo; es el hijo huérfano quien tiene que demostrar a cada paso su legitimidad para poder aspirar a la reinsertión. Nada que no venga de él mismo en esta lucha oscura y sin honor —náufrago en medio de las gentes— puede depurar su identidad adulterada.

Álvar Núñez se representa también como el "hombre de la providencia" en su relato; en él ha caído la responsabilidad de velar por sus hermanos, tan indefensos como él. Es un típico *self made man*. Cuando el gobernador Narváez, padre fallido, da la orden desesperada de "sálvese quien pueda", se suicida (pecado que transmite a sus hijos, en la más pura tradición hebraica, hasta la séptima generación) y también corta el cordón umbilical, pero además está manciando a la madre al negarle su paternidad. El resultado inmediato es que sus hijos-soldados-huérfanos-náufragos se convierten

en proscritos, negados y malditos. Ése es el pecado original de la desastrosa expedición. Son arrojados, como la pareja inicial, hacia un mundo desconocido; la carencia de mapas o de una guía los obliga a caminar a ciegas, ir *llenando el vacío* y organizar un mundo —su mundo— en medio de la soledad.

Este sentimiento del aislado es consustancial con la noción de orfandad. El hambre y la sed no satisfechas son elementos propios también del recién nacido que se siente indefenso ante un mundo que no comprende y al que ha sido arrojado abruptamente por voluntad paterna. Sólo le queda, como recurso supremo, la autoconmiseración y su forma de expresarla por el llanto, que es igualmente la llamada al seno materno, todo lo cual unido los obliga a adquirir un rápido sentido de la supervivencia. Cabeza de Vaca, Don Quijote al principio de la obra, se va volviendo Sancho a la fuerza. Pero al mismo tiempo acepta una paternidad providencial que enarbola como su absolución y esgrime como argumento de legitimidad filial. A falta de padre, ha cuidado y velado por sus hermanos. Empieza un proceso de radical transformación de la figura y la psicología del conquistador, a quien su deseo de sobrevivir obliga a cambiar el modelo agresivo formado por las cualidades de valor y arrojo, por el más práctico y eficaz de la astucia y la previsión.

El viajero naufragado es un poseedor, sólo que en este caso, está también poseído por las circunstancias adversas. Todo el viaje es una fecundación, un adiestramiento en la vida, lo cual explica el tono didactista de la obra y aporta numerosos matices e inflexiones en conceptos que, extraídos de su contexto, resultan vacíos. Se evangeliza al indígena —o al menos se intenta— pero eso se revierte después sobre el mismo conquistador, ‘evangelizado’ por una nueva realidad, cuya certidumbre admite y asimila. El elemento emprendedor y victorioso se disminuye en su virilidad y se convierte en potencia receptora.

Este sentido de enseñanza —la parábola— cuya forma adopta el relato, convierte a éste en el elemento retórico persuasivo idóneo para la lección que se socializa, de lo individual a lo colectivo.

Esa parábola adopta una doble connotación: por una parte, destinada al indígena, que resulta la más evidente; por otra, destinada a la estructura de la monarquía. De igual forma que se pretende con el aborígen, se trata de persuadir al soberano español de la utilidad del servicio. Los tópicos a los cuales se acude para lograr esto resultan de ejemplar clasicismo. Cuando Oviedo acota *Los naufragios*, no puede menos que percibir esta intención subyacente, lo cual

le hace definir que “son cosas para oír e notarse, como porque los hombres sepan con cuántos peligros andan acompañados los que navegan”, comentario que se acerca al conocido “nuestras vidas son los ríos/que van a dar en la mar,/que es el morir”, pues resulta que el naufragio definitivo es la muerte, la enseñanza final dentro de una ética cristiana absoluta, el acceso al saber verdadero y perdurable. Si los naufragios parciales —percances vitales— enseñan, la muerte, el gran naufragio, permite llegar a la Verdad Suprema, el seno divino, para los que han observado una actitud irreprochable.

En el barco se dan, de manera excelentemente reveladora, los elementos combinados que forman una estructura de asociaciones eróticas. La misma forma alargada de la embarcación simula un falo, así como los mástiles enhiestos, la proa rompedora del seno marítimo; en cambio, las velas son proposiciones vaginales, así como la sentina es un vasto útero. El barco es un enorme símbolo hermafrodita. Pero ese equilibrio funcional se rompe por el percance y el náufrago-huérfano queda desprovisto al mismo tiempo de padre y madre, e invierte entonces su condición de conquistador en conquistado, de penetrador en penetrado, se feminiza. Dentro de todo esto desempeña un papel fundamental el elemento fortuito, pero aparece respaldado por la predestinación. De igual forma que el enfrentamiento del europeo y el americano se da de manera casual en un “descubrimiento” que *fue mutuo* y hoy continúa, es la fortuna la que hace perder la integridad de los náufragos al sufrir la mutilación: de su barco (padre y madre), de su ropa (identidad) y en definitiva, de su mundo (orfandad). De ahí que el cronista del suceso adverso asume, al descartar otras probabilidades, la función ecuménica del protector; necesita dar completas las historias de los náufragos, desde su nacimiento como huérfanos, hasta sus muertes, porque tiene que brindar entera fe de la suerte de *sus hijos*, abandonados por la impericia del padre anterior. Por eso, principalmente, se produce la advertida similitud entre Álvar Núñez y el patriarca Moisés: ambos conducen a través del desierto, después del cautiverio que les ganaron sus pecados, a sus hijos discolos hacia la tierra prometida y el reencuentro con la madre extraviada. *Los naufragios* son un *Éxodo*; los israelitas demoran cuarenta años en el desierto como castigo por adorar dioses extraños (el Becerro de Oro, motivación comprensible para un español renacentista), es decir, por la torpeza de su idolatría, los españoles sufren ocho años por el pecado de su torpeza inicial, donde el error del padre se tras-pasa como herencia maldita en justa aplicación de la ley mosaica,

a los hijos. De manera clara, la moral aplicada es típica del Antiguo Testamento, con un dios iracundo e implacable que predica venganza, no amor. Así —y de qué manera— *Los naufragios* inauguran una tradición de *soledad* en la literatura americana que llega hasta García Márquez y se continúa. No es por cierto casual la asociación del escritor colombiano con el héroe español, pues en momento tan significativo y especial como su asunción del Nobel de Literatura, evoca la figura del náufrago, dentro de ‘esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda’.⁷² Alvar es también y muy a su manera, el cronista de una estirpe maldita, un Melquíades proteico.

Ese sentido apostólico de su misión, se revela en Álvaro dentro del tejido narrativo y sus asociaciones fálicas, por la posesión final del ‘don de lenguas’: contra el gran falo confundidor de la Torre de Babel, se alzan las llamitas del Pentecostés, también fálicas, pero divinizadas y que difieren por ser la primera obra de la ambición y la soberbia humanas, y las segundas son regalos de Dios, el Padre Supremo, a sus hijos distinguidos con el martirio, voceros de su palabra.

Ese sentido de autodestrucción como seres malditos rechazados por el padre se traduce también en el devoramiento de la madre: absorben la naturaleza en sus frutos comunes, pero también en los insectos y víboras —alimentos impuros— para terminar devorándose unos a otros. La autofagia los conduce a la antropofagia, el sacrificio ritual de Abel por Caín, cuyos padres han pecado. Desde el matricidio hasta el suicidio. Y de nuevo el papel providencial se encarna en Álvaro, como el conductor, el timonel —*imperator*—, que abre las aguas para que avance su pueblo. Es ‘el Elegido’ entre otros, el ungido y espera ser por tanto Emmanuel, ‘el Bienvenido’ al reintegrarse al útero materno. Es evidente el proceso de alegorización progresiva.

Por todo eso, se produce la interrelación estrecha de los mitos concurrentes. Desde la búsqueda inicial de la Fuente de la Eterna Juventud —que implica la noción de un pecado original que hay que limpiar— que se entrelaza con la búsqueda —los naufragos, como huérfanos y viajeros sin raíces, son eternos buscadores de algo— del Santo Grial. Pero mientras que a la Fuente llegan todos los que encuentran el camino, a la Copa Sagrada sólo puede llegar el que ya

⁷² Gabriel García Márquez, Discurso en la recepción del Premio Nobel, 1982, reproducido en *Pisma* (La Habana), diciembre de 1984, p. 41.

está limpio de pecado, el justo y el santo. En las pequeñas llamas de Pentecostés se producen asociaciones concurrentes, pues si son figuradamente fálicas, también denotan los conceptos de altar (sacrificio) y hogar (reposo), que se funden en la noción primitiva del *lar*, suma de uno y otro.

La lógica del castigo es rigurosa: lleva inevitablemente hacia la mutilación y la orfandad, de la cual el naufragio es apenas accidente. El hijo indigno (y lo es porque su padre lo es), debe salir de la esfera paterna. Si sobrevive, debe hacerse perdonar. Es la dura moral del Antiguo Testamento, a la que el persuasivo cronista opone la evangelización y el mensaje de amor y perdón del Nuevo. Son los Evangelios contra el Pentateuco. Una sociedad patriarcal absoluta hacia otra donde la familia recupera posiciones perdidas. Pánfilo de Narváez es un seudopadre, un padre fallido. Roto el vínculo de "obediencia necesaria", el hijo-cronista-náufrago-huérfano vuelve hacia su padre verdadero: el rey. Y para esto realiza su "apología" que es, y conviene recordarlo, no sólo engrandecimiento, sino un conjunto de consejos modélicos. Después de fracturado su precario cordón umbilical, el Hijo Pródigo regresa, completando esa sustanciosa parábola que son *Los naufragios*: un desastre que nos marca desde nuestro nacimiento como continente, en esta porción del mundo donde todos somos, de una u otra forma, huérfanos.